

HISTORIA

TODO ES

La revista de cinco décadas



HISTORIA

TODO ES

La revista de cinco décadas

Julio 2019 - Marzo 2020
Sala Leopoldo Lugones

Biblioteca Nacional Mariano Moreno (Argentina)

Todo es Historia: la revista de cinco décadas; contribuciones de Martha Rodríguez ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-728-113-2

1. Historia argentina. I. Rodríguez, Martha, colaboradora.
CDD 982

7 La revista de cinco décadas

Florencia Ubertalli

11 Los historiadores y la divulgación de su saber.

Un vínculo con avatares

Martha Rodríguez

15 Félix Luna, historiador

Omar Acha

21 Félix Luna y la revista *Todo es Historia*. Una experiencia historiográfica en un contexto dictatorial (1967-1973)

José María Lezcano

27 Archivo gráfico de *Todo es Historia*: los documentos que ilustraron sus páginas

Georgina Ferrara y Daniela Rodríguez

35 Entrevista a Felicitas Luna y María Sáenz Quesada



el discurso histórico se han diversificado y ampliado, aunque no siempre con el debido estímulo de las propias instituciones académicas.

Del mismo modo, la selección de temas “con gancho” o llamativos y la dedicada búsqueda y selección de imágenes vistosas e interesantes se destacaron en un momento en el que el uso de estos recursos ya era habitual en el campo del periodismo, pero nada frecuente en el de la historia. La relevancia de la imagen, que lejos de “ilustrar” en muchos casos completaba el sentido mismo del texto, fue seguramente un punto importante de su atractivo. De ese carácter innovador da cuenta, entre otras cosas, el artículo sobre el fondo documental de la revista redactado por las archivistas de la Biblioteca Nacional Daniela Rodríguez y Georgina Ferrara. En él describen la naturaleza del grueso de esos documentos y destacan la importancia de la preservación y la consulta de ese tipo de archivos, en una era signada por la virtualidad y la destrucción permanente de documentos producidos por las instituciones y los emprendimientos editoriales.

Pero al margen del milagro editorial que implica su longevidad, existen otros méritos más vinculados a la renovación que aportó dentro del propio ámbito historiográfico. Desde el primer momento, la revista fue paladina en instalar determinados enfoques o temáticas culturales al mundo de “lo histórico”, en un momento en que, por lo menos en Argentina, la historia era sinónimo de historia política. *Todo es Historia* también propuso varias líneas de investigación que podríamos incluir dentro del campo de la historia social pero que, para ese entonces, eran poco o nada transitadas. La historia de las mujeres

comprendida en los estudios de género ha sido una de ellas. De la mano de investigadoras como Mabel Bellucci y Araceli Bellotta, la revista supo tener incluso una sección destinada especialmente a esta perspectiva. Se preocupó, además, por rescatar nombres propios del olvido y por iluminar acontecimientos y subjetividades bastante poco visibilizadas por los estudios históricos nacionales hasta ese entonces: las comunidades inmigrantes, la cultura afro en nuestro país, etc. En definitiva, se trataba de pensar “lo nacional” incorporando muchas de las expresiones y subjetividades que hasta ese momento habían sido relegadas al concierto de lo invisible. Por último, la propia noción de historia fue puesta en cuestión en la medida en que se le dio tratamiento histórico a muchos acontecimientos y temas considerados de “actualidad”. En algunos casos, por la mera cercanía al tiempo presente, en otros, por la significación que cobraban a la luz de nuevos acontecimientos. Ejemplos de esto último lo constituyen el haber abordado el problema de la tortura en la historia argentina en plena decadencia de la última dictadura militar o repensar la figura de Mugica y de los primeros movimientos piqueteros hacia fines de la década del noventa.

Es natural que resulte difícil sintetizar una trayectoria tan vasta en unas pocas palabras e incluso en algunas imágenes, pero vale la pena intentarlo. Este catálogo y la exposición que viene a complementar son un intento, entre muchos otros, de acercamiento a una verdadera proeza editorial que todavía hoy tiene mucho para decir sobre nuestra propia historia.



Los historiadores y la divulgación de su saber. Un vínculo con avatares

Por Martha Rodríguez*

“Tengo la impresión de que a muchos historiadores profesionales, gente que solo concibe esta faena en el silencio de su taller o en el misterio de los archivos, la divulgación de la historia puede resultarles un quehacer menor [...]. Yo tengo la convicción de que difundir la historia en la máxima medida posible no solamente es respetable sino que de algún modo es una obligación de nuestros profesionales.”

Félix Luna, 1993

La cita es parte del discurso pronunciado por Félix Luna al incorporarse como miembro de número a la Academia Nacional de la Historia en 1993. Tenía entonces 68 años, casi cuatro décadas escribiendo sobre historia argentina en variados formatos —ensayos, ficción, cancioneros, reportajes, biografías— y veintiocho años dirigiendo la revista *Todo es Historia*. Su alocución estuvo dedicada al mismo tema que guió buena parte de su labor profesional: difundir el conocimiento histórico de forma accesible para el gran público, o dicho de otro modo, a la divulgación histórica. En la actualidad es frecuente escuchar que historiadores de distintas extracciones generacionales, institucionales e ideológicas destaquen la importancia de la divulgación, pero en aquel momento su defensa enfática contrastaba con el escaso interés que despertaba entre los historiadores profesionales.



Cartas de lectores con las respuestas de Félix Luna. Colección BNMM, Departamento de Archivos, Fondo *Todo es Historia*.

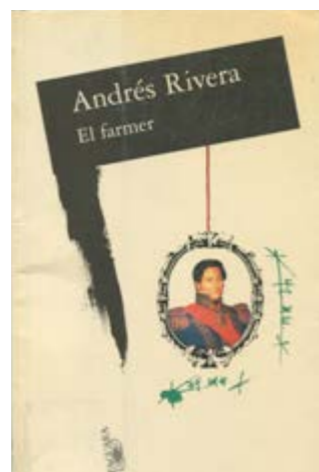
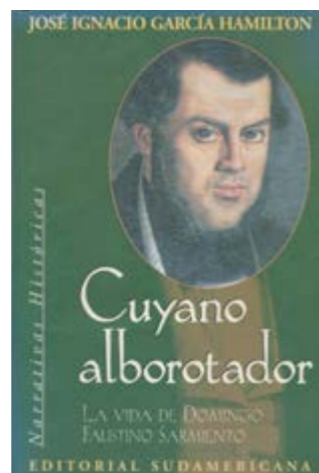
* Historiadora. Docente de la UBA e investigadora del Instituto de Historia Argentina Dr. Emilio Ravignani, Conicet.

Las razones de esta actitud hay que buscarlas en las formas que adquirió la profesión luego de la última dictadura. La reconfiguración del campo historiográfico luego de 1983 se caracterizó por un fuerte cuestionamiento a la politización de la práctica historiográfica, frecuente en las décadas anteriores. El objetivo era reconstruir la profesión sobre bases científicas, lo que implicó la adopción de una serie de pautas de trabajo rigurosas en consonancia con estándares internacionales, una creciente especialización del repertorio temático, una ampliación del territorio del historiador, un refinamiento del instrumental metodológico y, especialmente, una aspiración de distancia crítica con el objeto de estudio.

Así, la reprofesionalización de la disciplina, asentada en la normalización de las universidades, la reconstrucción del sistema científico y la estabilidad institucional, condujo a un repliegue de los historiadores sobre su propio campo y a privilegiar la carrera académica y el diálogo con colegas. Salvo aisladas excepciones, sus preocupaciones se concentraron más en la validación de las prácticas vinculadas con la producción de conocimiento que en la potencial utilidad social de ese conocimiento producido. Por ende, la difusión del conocimiento por fuera de la academia se convirtió en una tarea menor, mucho menos redituable en términos académicos que escribir para los pares.

Por otro lado, la percepción de numerosos historiadores era que el gran público carecía de interés por la historia, por lo que cualquier esfuerzo en ese sentido era considerado vano, cuando no una pérdida de tiempo. Así lo manifestaba Tulio Halperín Donghi, referencia historiográfica ineludible, en una entrevista que le hicieron en el año 2008:

Sin embargo, este diagnóstico es por lo menos parcial. El desinterés del gran público se extendía a los productos



y formatos historiográficos que proliferaban entre los profesionales —poco aptos para una lectura no formada en los cánones académicos—, no a las obras de argumento histórico en general. Esto se tradujo en una creciente desconexión entre el mundo académico y el afuera, pero al mismo tiempo en un relativo éxito de obras como la novela *Soy Roca*, publicada por Félix Luna a fines de la década de 1980, o las escritas por María Esther de Miguel, Andrés Rivera o Ignacio García Hamilton en las décadas siguientes, e incluso en la popularidad y difusión alcanzada por una revista como *TH*.

Este interés por la materia se va a potenciar luego de la crisis de 2001. Esta generó afección por hacer inteligible la situación y encontrar respuestas a esa encrucijada interpelando a la historia. Pero los historiadores, poco preparados para enfrentar el reto, tuvieron escaso eco en la opinión pública. Ese lugar lo ocuparon autores provenientes del periodismo, del ensayismo o la política que rápidamente se convirtieron en éxitos editoriales y mediáticos. Los argumentos de estos *best sellers* con frecuencia se organizaron en torno a una visión maniquea de la historia argentina que juzga y pontifica sobre personajes y acontecimientos, al tiempo que elude una explicación integral de los complejos fenómenos históricos por los que atravesó nuestra sociedad.

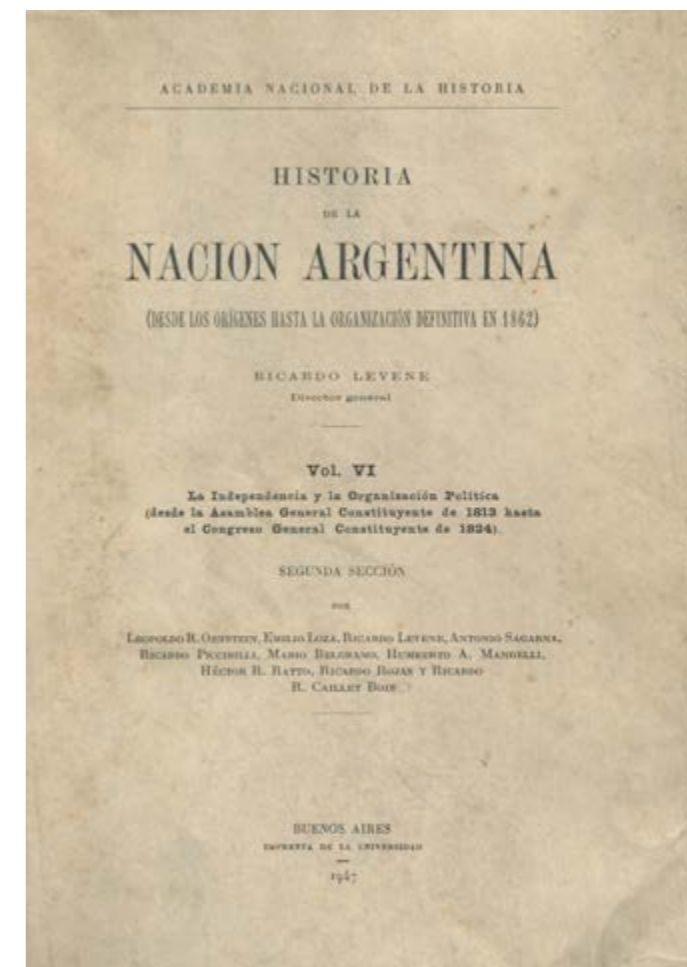
Este espacio abierto a la divulgación, del que el mundo académico se mantuvo a distancia y con el que frecuentemente polemizó, ahondó la sensación de desinterés de los historiadores frente a las demandas sociales sobre su saber. Pero esto no siempre fue así.

La distancia no siempre caracterizó el vínculo entre la historiografía profesional y el gran público. Muy por el contrario, en las primeras décadas del siglo XX el surgimiento y consolidación de un campo profesional para la historia estuvo profundamente ligado a su capacidad de construir y difundir una identidad nacional. La importancia concedida por las elites estatales a la historia como disciplina y como materia escolar era directamente proporcional a las virtudes que advertían en ella como pedagogía cívica. El historiador funcionaba como arquitecto y divulgador de un relato sobre los orígenes de la nación en el cual todos pudieran reconocerse.

Interpelados en calidad de constructores y garantes de una memoria pública al servicio de la integración social, los historiadores respondieron a esa invocación con un fuerte compromiso pedagógico. El trabajo en pos de afirmar una historia erudita, científica y objetiva fue tan relevante para ellos como participar en la organización de una cultura histórica. Por eso, junto a las actividades estrictamente académicas desarrollaron otras que iban en ese sentido, como la organización de archivos históricos en todo el país, la redacción de una *Historia de la Nación Argentina*, la reglamentación de la enseñanza de la historia, la revisión de los libros de texto para el sistema educativo o la preservación del patrimonio histórico.

Tal como señalaba Ricardo Levene al inaugurar las sesiones del año 1941 en la Academia Nacional de la Historia, el desarrollo de todas esas empresas descansaba sobre la convicción de que la historia “robustece la conciencia colectiva y el culto alentador del pasado y de las individualidades ejemplares [...] eleva al hombre, abrumado por la civilización material, a la jerarquía del ciudadano que lucha por el ideal de la libertad. Según viven y sienten la historia los pueblos tienen el porvenir que se merecen...”.

Simultáneamente, por afuera del mundo profesional de los historiadores, a mediados de los años treinta el emergente movimiento revisionista dio muestras de una notable capacidad para intervenir en los debates públicos sobre el pasado nacional. Los revisionistas se lanzaron a la conquista del público con un proyecto de carácter político-cultural antes que académico. Esta empresa tuvo poco impacto en las instituciones académicas pero su promesa de revelar la “verdadera historia” oculta tras las falsificaciones de la “historia oficial” promovida desde el Estado, le granjearon una amplia audiencia. La adopción de



las interpretaciones revisionistas por parte del peronismo luego de su proscripción en 1955, le dio una masividad inusitada al movimiento. Sus estrategias editoriales de divulgación, basadas en autores y colecciones publicados en formatos, ediciones y precios accesibles, alcanzaron importantes cifras de ventas, contribuyendo a la difusión de sus ideas en las representaciones colectivas de amplias franjas de la población en las dos décadas siguientes.

La renovación que caracterizó a la disciplina histórica en el mundo académico desde fines de los años cincuenta, aunque en principio acotada a algunas universidades y grupos, tendió a fortalecer el diálogo con otras ciencias sociales —especialmente la economía, la demografía y la sociología— y el carácter científico de la historia, reduciendo su papel pedagógico y pragmático. Esta nueva concepción de la historia la alejaba de su carácter de usina de mecanismos identitarios y ponía en cuestión su contribución al desarrollo cívico de la nación.

Pero una historia más científica, más atenta a los procesos económico-sociales y más inclinada a la utilización de enfoques analíticos y modelos interpretativos macroestructurales, no podía sino restringir su público al universo profesional y sus espacios aledaños. El interés pedagógico cedió terreno frente al objetivo de profundizar una nueva científicidad y modernizar la disciplina según los nuevos cánones de las ciencias sociales.

Y una de las cosas que caracteriza al historiador es que tiene que darse cuenta de que, a pesar de que entra en el pasado a partir del presente, el pasado no es el presente. Eso es básico. Pero la opinión de la gente es que si el pasado no es el presente entonces no le interesa [...]. No hay ninguna razón para que la gente compre libros de historia [...]. Por mi parte, debo decir que me parece que es un poco una pérdida de tiempo...

Aun así, es necesario destacar el papel desempeñado por algunos emprendimientos editoriales cercanos a esta historiografía renovadora, como las colecciones El Pasado Argentino o Dimensiones Argentinas, dirigidas por Gregorio Weinberg en Solar Hachette, o las impulsadas por Boris Spivacow desde Eudeba o el Centro Editor de América Latina. En ellos, poner los libros al alcance de todos significaba fundamentalmente oficiar de mediadores entre el saber de los especialistas y el gran público. No fueron pocos los historiadores que encontraron en estos proyectos un modo de ganarse la vida y de seguir vinculados a actividades profesionales cuando se vieron impulsados a alejarse de las universidades tras el golpe de Estado de 1966.

Los quiebres institucionales y las dictaduras que asolaron a la Argentina y la región entre mediados de los años sesenta y principios de los ochenta alterarían radicalmente el campo científico y el mundo académico. La intervención de las universidades, el desmantelamiento de proyectos e institutos, el control ideológico, la persecución, la censura y el exilio truncaron los desarrollos historiográficos y los emprendimientos culturales renovadores.

A pesar de las características, enunciadas al comienzo, con que se reconfiguró el campo profesional luego de la transición democrática, en los últimos años un conjunto de circunstancias contribuyeron a reposicionar la divulgación histórica dentro de los intereses de la historiografía profesional. La mayor visibilidad pública de los discursos sobre el pasado, acicateada por los efectos de la crisis de 2001, los bicentenarios y su invitación a pensar acerca del presente y el futuro, y las políticas estatales relacionadas con la memoria del pasado reciente, impulsó a un conjunto de historiadores a revalorizar las virtudes de la intervención en el espacio público.

Coadyuvó a este proceso la creciente insatisfacción frente a uno de los resultados del repliegue de la profesión sobre sí misma, el divorcio del gran público, y sin duda,

la convicción en algunos ámbitos de la necesidad de recuperar la capacidad orientadora de la historia. Finalmente, también comenzó a abrirse paso una visión menos omnipotente sobre la historia, que reconoce la polifonía de voces que hablan sobre el pasado y la pluralidad constitutiva de la cultura histórica, en la que sedimentan visiones de aquél producidas por diversos agentes como la escuela, los medios de comunicación masiva, los museos, el patrimonio, las empresas editoriales y multimediales. En esas elaboraciones que hacen las sociedades de su experiencia histórica, los relatos historiográficos carecen de exclusividad alguna.

La apertura del mercado laboral para el desarrollo de actividades ligadas a la divulgación histórica que amplían las tradicionales salidas profesionales vinculadas a la docencia y la investigación también estimuló a jóvenes generaciones de historiadores a valorizar esta faceta del trabajo historiográfico.

Pero tender puentes entre el mundo profesional y el gran público no es solo cuestión de voluntad y buenas intenciones. Involucra el manejo de un conjunto de conocimientos y habilidades para producir a un mismo tiempo una historia entretenida y accesible pero sin resignar ni distorsionar la explicación de los procesos históricos en su

complejidad y en su indeterminación.

Simplificar ideas complejas no es lo mismo que producir enunciados simples. Brindar explicaciones que hagan comprensible el mundo social a audiencias vastas exige un registro comunicativo distinto al de la comunicación científica pero el mismo rigor, profesionalismo y sustento en la prueba que la actividad académica. Hacer una divulgación histórica de calidad, que se apoye en un conocimiento exhaustivo, documentado e investigado, requiere de un aprendizaje del oficio que la propia academia debería fomentar. Los historiadores deberíamos aprender la manera de transmitir a todos los públicos la capacidad de la historia para estimular la reflexión crítica sobre la realidad y sobre los relatos que se construyen para explicarla.



Félix Luna, historiador

Por Omar Acha*

Un escritor riojano oriundo de Buenos Aires

Félix Luna Polledo nació en la Ciudad de Buenos Aires el 30 de septiembre de 1925. Su padre fue un dirigente de la Unión Cívica Radical, el riojano Carlos Luna Valdés, y su madre, la porteña María Luisa Adriana Polledo Llamas. Félix "Falucho" Luna se casó con la riojana Felisa de la Fuente Romero, con quien tuvo tres hijas. Luna fue un escritor polifacético: entre otros géneros, cultivó la narración en prosa, la poesía, el periodismo, el guión cinematográfico, la letra musical, el ensayo político y la escritura histórica. De familia católica por parte de madre, siguió estudios secundarios en el Colegio del Salvador, donde el erudito jesuita Guillermo Furlong hizo que se interesara por los sucesos del pasado. Estudió Derecho en la Universidad de Buenos Aires. De 1944 a 1946 aparecieron algunas notas de corte genealógico en la *Revista de la Junta de Historia y Letras de La Rioja*. Mientras cursaba en las aulas universitarias, en 1950 se publicó su primera investigación histórica dedicada

a la batalla del Pozo de Vargas, recogida décadas más tarde en *De comicios y entreveros*. Luna no siguió estudios historiográficos sistemáticos. En su formación convergieron la lectura de trabajos de historia política tradicional, como las *Historias* de Bartolomé Mitre y la *Historia de la Nación Argentina* dirigida por Ricardo Levene, con una extensa cultura literaria, sobre todo argentina y española. Sin embargo, es necesario aclarar que esos antecedentes son insuficientes para explicar su estilo histórico.

Luna tuvo un paso intermitente por la política. En 1951, año en que se graduó de abogado, lo detuvieron y encarcelaron por su activismo estudiantil en el marco de una huelga ferroviaria. Fue toda su vida un simpatizante del radicalismo, en el inicio yrigoyenista y luego frondizista. Ejerció cargos públicos secundarios de 1956 a 1962 y de 1962 a 1989. Una vez agotada la experiencia frondizista, en 1962, se lanzó con decisión a la escritura histórica.

* Historiador. Docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires.